

### “Curación de un leproso”

En este inicio de año tenemos la dicha de celebrar la Asamblea Parroquial Ordinaria. Hay un recambio de comisiones, balance de lo sucedido el año anterior y se abre un horizonte nuevo para el año que comienza. Debemos estar agradecidos a Dios por todo lo que hemos vivido y por las bendiciones que derramó sobre nosotros y sobre nuestros semejantes.

En esta mañana queremos reflexionar en el pasaje bíblico de Marcos 1:40-45: *“Entonces se le acercó un leproso para pedirle ayuda y, cayendo de rodillas, le dijo: “Si quieres, puedes purificarme”. Jesús, conmovido, extendió la mano y lo tocó, diciendo: “Lo quiero, queda purificado”. En seguida la lepra desapareció y quedó purificado. Jesús lo despidió, advirtiéndole severamente: “No le digas nada a nadie, pero ve a presentarte al sacerdote y entrega por tu purificación la ofrenda que ordenó Moisés, para que les sirva de testimonio”. Sin embargo, apenas se fue, empezó a proclamarlo a todo el mundo, divulgando lo sucedido, de tal manera que Jesús ya no podía entrar públicamente en ninguna ciudad, sino que debía quedarse afuera, en lugares desiertos, Y acudían a él de todas partes.”*

*“Entonces se le acercó un leproso para pedirle ayuda y, cayendo de rodillas, le dijo: “Si quieres, puedes purificarme”.* El ser humano es, por la corrupción de su naturaleza, un ser desprovisto de justicia y santidad propia. Esto queda reflejado en el hecho de que no puede confiar plenamente en los demás; cuando roba y mata con el fin de conseguir sus propósitos egoístas; o por ejemplo el cultivar en su corazón deseos secretos de odio y rencor contra su prójimo. Sin alguien que venga de afuera y lo ayude, de estas cosas el ser humano no se puede librar. Es esclavo de su pecado y está sometido a toda clase de depravaciones y deseos impuros. Es del corazón del hombre, de adentro suyo, que nacen y brotan estas cosas. Por eso es necesario que sea liberado desde el exterior, desde afuera.

La pregunta es: ¿Habrà alguien capaz de purificar al hombre, que como un mendigo y un leproso carga sobre sí mismo la vergüenza del pecado y de la culpa? El leproso reconoció en Jesús esa ayuda, ese auxilio capaz de cambiar su vida en algo nuevo y mejor. Pero al mismo tiempo, reconoce que no es digno de tal auxilio, porque está en deuda con Dios: la ley divina le dice claramente que una persona leprosa debe ser excluida del pueblo de Israel (Lev. 5.3; Num. 5:2). Por eso le dice a Jesús: *“Si quieres, puedes purificarme”.*

Al oír estas palabras, para Jesús sonaron como una confesión de pecados. Es como si el leproso le dijera: “Señor, vengo a ti con esta lepra, con este pecado. Reconozco que no hay nada limpio en mí, que no tengo el aspecto adecuado para estar en tu presencia. Pero busco en ti el auxilio y la clemencia. Ten piedad de mí.”

En la historia de Jesús y el leproso, aprendemos en qué consiste el verdadero arrepentimiento: en dolor y desprecio por mis pecados y, al mismo tiempo, en un anhelo por la gracia y la misericordia de Dios en Cristo. Cuando esto sucede, Jesús se compadece de nosotros, se conmueve ante aquel que se reconoce indigno, pero que sin embargo pide su ayuda: *Jesús, conmovido, extendió la mano y lo tocó, diciendo: “Lo quiero, queda purificado”.* Estas palabras de Cristo, son las palabras de la absolución. Porque como dice el Catecismo: “Donde hay perdón de pecados, allí hay también vida y salvación”, y viceversa, si hay vida y salvación (sanación en el caso del leproso), es porque allí también hubo el perdón. Estas palabras de Jesús al leproso, es lo mismo que anuncia Dios a través del ministro y de un cristiano hoy, de manera público o privada: “Tus pecados te son perdonados”.

¿Qué sucede después? Dice el evangelio que “*en seguida la lepra desapareció y [el leproso] quedó purificado*” (v. 41b). Es un regalo muy grande el que Dios ha puesto en nuestras manos, es decir, la palabra de la absolución, o el oficio de las llaves. Cuántas veces llegamos a lamentarnos porque los medicamentos son costosos, y sin embargo aquí Dios le ofrece al mundo entero un remedio tan precioso de la manera más generosa. No seamos como Naamán (2º Re. 5:1-14), que se resistía a ser purificado de su lepra en el río Jordán, sólo porque le parecía que la ayuda de Dios venía en un envoltorio muy simple y para nada espectacular, como lo eran las aguas del Jordán, o como lo fueron las aguas derramadas sobre nosotros en el día del santo Bautismo. Pues la gracia de Dios viene de esa manera, a través de medios, así como Jesús alcanzó con la salud física al leproso tocándole con un miembro e instrumento de su cuerpo: la mano.

*Jesús lo despidió, advirtiéndole severamente: "No le digas nada a nadie, pero ve a presentarte al sacerdote y entrega por tu purificación la ofrenda que ordenó Moisés, para que les sirva de testimonio"* (vv. 43-44). Para demostrar que él no transgredía la ley al sanar al leproso, sino antes bien que de esa manera la cumplía, Jesús le dice al leproso que se presente ante el sacerdote y que entregue por la purificación la ofrenda que ordenó Moisés (v. 44). Jesús no busca, a través de la curación, riqueza ni honores. Le dice al leproso “*No le digas nada a nadie*” (v. 44a), una actitud bien distinta de los predicadores de la mentira y de los falsos profetas de nuestro tiempo, que se llenan la boca hablando de Jesús y de los milagros que realizan, pero que en verdad no conocen a Cristo, así como tampoco Cristo los conoce a ellos.

El cumplimiento de la ley es el amor (), que procede de una fe no fingida (). Jesús sanó al leproso no para su propia gloria, sino por amor. Ese mismo amor que Dios Padre reveló al mundo en la cruz de su Hijo Jesucristo. Fue el amor de Dios, que traspasa toda frontera, todo límite, toda enemistad, lo que lo llevó a enviar a su único Hijo para morir por ustedes, para que fueran limpiados de los pecados y recibieran como herencia la vida eterna.

Ustedes ahora comprenden plenamente la misericordia de Dios, porque el evento de la cruz y de la resurrección de Cristo lo contemplamos como un evento realizado. Pero para el leproso ese evento todavía pertenecía al futuro. No podía plenamente comprender la razón por la cual Jesús se le acercó, lo tocó y lo sanó. Sin embargo, es admirable en él que, a pesar de esta falta de conocimiento, no tuvo temor de predicar y de dar a conocer la Palabra, es decir, lo que Jesús había hecho por él. ¡Con cuánta mayor razón nosotros podemos anunciar a los demás estos divinos misterios, ahora que poseemos la Palabra de Dios y una interpretación sana de la misma!

Si algo nos enseña el evangelio de hoy, entonces, es que en la labor pastoral y parroquial que comienza este año, hagamos todo fijando como prioridades estos tres pilares: la PREDICACIÓN PÚBLICA DE LA PALABRA; la CAPACITACIÓN (CATEQUESIS) EN LA PALABRA; y la DIACONÍA DIARIA (SERVICIO) EN LA VOCACIÓN de cada cristiano/a GUIADA POR LA PALABRA. Estos tres pilares ya están presentes entre nosotros, pero DEBEN MANTENERSE VIGENTES EN EL TIEMPO Y EN CADA CRISTIANO, EMPEZANDO POR EL PASTOR.